



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

Junio - Julio 2002 • Año II • Número 6

#6 Junio / Julio 2002

SUMARIO

El revés del trauma

Por Eric Laurent

Muerte y resurrección de la histérica

Por Marie-Hélène Brousse

Identificar(se) al síntoma

Por Ana Ruth Najles

Efectos de formación

Por Hebe Tizio

La segregación del otro sexo

Por Nieves Soria

El caso Anna Freud

Por Alejandra Glaze

El revés del trauma

Por Eric Laurent

PSICOANÁLISIS PURO Y PSICOANÁLISIS APLICADO

Responder al síntoma o responder del síntoma

Por Vicente Palomera

El psicoanálisis aplicado y el psicoanálisis puro

Por Joseph Attié

Lateralidad del efecto terapéutico en psicoanálisis

Por Serge Cottet

Las psicoterapias y el psicoanálisis

Por Agnés Aflalo

LA OPINIÓN ILUSTRADA

Apropiaciones de la noción de estilo en el ensayo argentino contemporáneo

Por Paola Piacenza

Paul Auster responde a los argentinos

Por Emiliano Canal

El psicoanálisis aplicado y el psicoanálisis puro

Por Joseph Attié

Joseph Attié es psicoanalista, Miembro de la Ecole de la Cause Freudienne (ECF) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Sean cuales fueren las formas que toman las terapias, debemos preguntarnos cuál es la urgencia que nos induce a esta distinción entre psicoterapias y psicoanálisis. En el fundamento de la idea de curación, siempre se encuentra la idea de un retorno a un estado anterior a la aparición de la enfermedad, y en toda demanda de análisis o terapia, hay algo del orden de este fantasma de curación. Ya Lacan señalaba que en toda terapia se despliega el principio fundamental de la eficacia de la palabra. Pero a ello, se opone el deseo del analista como deseo de saber.

En un extenso desarrollo, el autor culmina planteando que la distinción entre psicoanálisis puro y psicoanálisis aplicado no reside en otro lugar que en la posición del analizante respecto de su síntoma y de su fantasma, así como en la posición del analista, es decir, en lo que ha operado para él como deseo del analista.

Para tratar la cuestión de las relaciones entre psicoanálisis y psicoterapia, es necesario comenzar por señalar que, contrariamente a la psicoterapia, que existe desde siempre, el psicoanálisis como práctica existe sólo a partir de su descubrimiento por Freud. Del mismo modo que la gimnasia sólo puede hacer bien al cuerpo y al espíritu. La música endulza las costumbres cuando no proviene del orden mismo del medicamento, tal como nos muestra la historia de Saúl, primer rey de los judíos, descrito como un maníaco-depresivo a quien su lugarteniente David tocaba el arpa para apaciguar sus períodos de humor negro. Y cuando nos inclinamos sobre la *Poética* de Aristóteles, vemos en ella la acción trágica provocando en él, por medio del temor y la piedad que inspira al espectador, una forma de *catarsis* que depura las almas.

No vamos a detenernos en las diferentes formas de terapia que han podido existir antes del descubrimiento del psicoanálisis: digamos sin embargo aquí que la terapéutica descrita por el primer Freud es también definida como catártica. Se trata de abreaccionar las emociones que han sido vividas y que no han podido ser expresadas en su momento, y encontramos en este fundamento el principio de una multiplicidad de terapias llamadas de inspiración analítica. Evoquemos por ejemplo aquí la terapia llamada del “Grito primario”: *primal cry*, donde los participantes, ya que se trata de una terapia de grupo, atraviesan en el espacio de algunos días todas las fases de su vida hasta el famoso grito del nacimiento, ¡devenido aquél del renacimiento! Imaginario delirante de la teoría analítica: se trata de hacer renacer al analizante lavado de todos sus síntomas.

Sean cuales fueren las formas que toman las terapias, preguntémosnos en primer lugar ¿cuál es la urgencia que nos induce a esta distinción entre las psicoterapias y el psicoanálisis?

Dos razones al menos: por un lado un fenómeno social y político que atrae cada vez más la atención, por otra parte una necesidad propia del psicoanálisis llamado puro por Lacan, de dar cuenta de lo que lo distingue de la psicoterapia.

El fenómeno social

En Francia, en todo caso, a partir de que hay un grave accidente de ruta, un atentado terrorista, un gran incendio, una inundación, etc., no es novedoso, todas las radios y las televisiones informan inmediatamente de lo que ocurre. Lo novedoso, es el equipo de psicólogos que acompaña sistemáticamente a los bomberos y los auxilios médicos. En efecto, se ha vuelto evidente para los poderes públicos que aquellos que han padecido un trauma deben hablar de lo que vivieron. Freud diría en estas circunstancias que es un poco como si los poderes públicos reconocieran oficialmente la existencia del inconsciente. Pero estamos muy lejos de la cuestión. En efecto, miro siempre con un cierto interés esas imágenes, preguntándome cada vez si uno de estos psicólogos va a evocar algún día el nombre de Freud. Esto nunca se produjo porque probablemente no saben quién es Freud. Este fenómeno social, que es en sí político, comporta también una dimensión política. En Francia la psicoterapia existe y se puede trabajar como psicoterapeuta en muchas instituciones asistenciales, pero ninguna instancia pública reconoce una práctica psicoanalítica, ya que nadie definió lo que es esta práctica. Hay entonces actualmente un peligro, ya que Francia forma parte de Europa, de que una reglamentación vea la luz.

En el movimiento de la mundialización no hay ninguna razón para que las reglas que funcionan en Italia o en Inglaterra no sean las mismas en Francia. Todo esto no es totalmente nuevo respecto de la época en que Freud, ya en su artículo sobre el “psicoanálisis profano” tomaba posición contra la necesidad de haber hecho estudios de medicina para practicar el psicoanálisis.

Tal es el trasfondo social y político sobre el cual se perfila la cuestión.

El psicoanálisis, la terapéutica y el sentido

Estamos ahora en la era de la AMP y de la escuela Una. La extensión de lo que fue la Escuela Freudiana de París, primera que fundó Lacan, necesita saber lo que quiere decir este sintagma “psicoanálisis puro”, que encontramos –es decir su importancia en el espíritu de Lacan– en “El acto de fundación de la Escuela freudiana”.

En este acto, distingue tres secciones.

1. Una sección de psicoanálisis puro, “o sea praxis y doctrina del psicoanálisis propiamente dicho, que no es otra cosa que el psicoanálisis didáctico”.
2. Una sección de psicoanálisis aplicado, “lo que quiere decir de terapéutica y de clínica médica”.
3. Una sección de recensión del campo freudiano: “ella asegurará en primer lugar el informe y la censura crítica de todo lo que ofrecen en ese campo las publicaciones que se pretenden autorizadas”.

No insistiremos nunca lo suficiente en el hecho de que se trata aquí de lo que Lacan considera ser el fundamento mismo de una Escuela analítica, a diferencia de las sociedades existentes. En otro escrito institucional mayor, Lacan vuelve sobre la cuestión. Después de su distinción entre el psicoanálisis en extensión y el psicoanálisis en intensión, observa “que el psicoanálisis como experiencia original (...) es esencial aislarlo de la terapéutica” y agrega: “que no hay ninguna definición posible de la terapéutica que no sea la restitución de un estado primero. Definición justamente imposible de plantear en el psicoanálisis”.

Esta idea de un retorno a un estado primero, entendido como un retorno a un estado anterior a la aparición de una enfermedad, está en el fundamento de la idea de curación. Como si se respondiese a un dolor de cabeza con una aspirina que la suprime en una hora. Sin embargo, en toda demanda de análisis o de terapia hay algo del orden de este fantasma de curación. La cosa es totalmente legítima, pero no debe enmascarar lo que se juega en una demanda tal.

Tratándose de terapia, Jacques-Alain Miller habló de “psicoanálisis aplicado a la psicoterapia”. Allí ya no se trata del psicólogo, devenido ese “especialista de la escucha” que es enviado en una situación de urgencia para hacer hablar a un traumatizado, sino del psicoanalista formado como tal que, en su práctica, obtiene casi siempre efectos terapéuticos.

Es aquí que es necesario interrogarse sobre algunas líneas de fuerza que distinguen psicoanálisis y psicoterapia.

Para avanzar en esta problemática es necesario volver a lo que Lacan dice en “Televisión”, ya que es allí que todas estas cuestiones encuentran su punto de partida. Este eje nos instala en 1973, en ese momento de pasaje de un Lacan clásico a un Lacan más lacaniano. Esta es la pregunta que le plantea Jacques-Alain Miller: “Psicoanálisis y psicoterapia, ambas sólo actúan por medio de palabras. Sin embargo se oponen. ¿En qué?” La respuesta de Lacan es fina. La hace girar alrededor de la cuestión del sentido. Más precisamente dice: “La psicoterapia especula sobre el sentido, es lo que hace su diferencia respecto del psicoanálisis”. Se burla del sentido que vira fácilmente al sentido sexual. Es lo que se le reprochó a Freud: su pan-sexualismo... Al lado del sentido sexual está lo que llamamos “el buen sentido”, y luego “el sentido común”, el de toda realidad colectiva. Aquí estamos en plena comedia, dice Lacan.

Hay que detenerse en esta denuncia del sentido porque Lacan comenzó por valorizar este sentido, tal como Jacques-Alain Miller lo puso de relieve en su curso. En “La agresividad en psicoanálisis”, Lacan escribe que “la acción psicoanalítica se desarrolla en y por medio de la comunicación verbal, es decir en una aprehensión dialéctica del sentido”. Agrega más adelante, “sólo un sujeto puede comprender un sentido, inversamente todo fenómeno de sentido implica un sujeto”. Finalmente, en su discurso de Roma observa que “los medios de los que se dota el método de Freud son aquellos de la palabra en tanto que confiere a las funciones del individuo un sentido”. Evidentemente no son éstas las únicas referencias, podemos encontrar muchas otras. Sin embargo, el mismo Lacan subraya en “Posición del inconsciente”, en 1964 que “no es el efecto de sentido lo que opera en la interpretación, sino la articulación en el síntoma de los significantes (sin ningún sentido) que se encuentran capturados allí”.

Tenemos aquí lo que Jacques-Alain Miller designa como el *Lacan contra Lacan*. Aquel que no siguió la dialéctica de su enseñanza podría retener esta oposición y decir que Lacan dice cualquier cosa. De hecho Lacan pasó de una teoría de lo simbólico en el sentido freudiano del término a una teoría del significante; es la misma teoría pero que capta esta vez la parte de real y de goce en juego en el significante. Un significante reenvía siempre a otro significante, pero en un fuera-de-sentido, es allí que se juega el estatuto del sujeto. Es sobre esta cresta que vamos a ver operar la distinción psicoanálisis /psicoterapia.

Jacques-Alain Miller desarrolló, dándole una extensión formidable, la respuesta que Lacan le había hecho en “Televisión”, en el curso que dictó, titulado “El lugar y el lazo”.

Lacan señala en “Televisión” que la mayoría de las terapias se dicen de inspiración analítica: se despliega en ellas el principio fundamental de la eficacia de toda palabra. “Es la incidencia de la palabra del Otro”. No hay necesidad de la operación analítica para que una relación transferencial se instale a partir del momento en que alguien toma el hábito de charlar, por ejemplo con su portera, contándole a lo largo del tiempo sus dificultades y sus miserias. Puede resultar de ello que toda respuesta de la portera puede tomar un peso enorme. Es lo que pasa cuando se va a ver a un psicoterapeuta. “Al respecto”, precisa Jacques-Alain Miller, “todas las psicoterapias son de hecho terapias de la imagen de sí. Siempre están fundadas en el estadio del espejo” y desembocan en una identificación, tanto el Zen como la hipnosis, el grito primario o aún la relajación. “Lo esencial de toda psicoterapia es el sujetamiento al Otro”. Esto quiere decir que la distinción entre el análisis y la terapia permanece entonces dependiente de la respuesta del Otro. El Otro es el Amo que le asegura al sujeto una forma de identificación. Lo que puede hacer virar la terapia a un análisis, es la existencia de otro que no sepa, que no sea todo saber, que reconozca su ignorancia respecto de lo que va a decirse. Es lo que Lacan llama la pasión de la ignorancia del analista, en toda su positividad.

El deseo de saber

Es posible ilustrar este punto con un ejemplo clínico. Tuve que ocuparme en una oportunidad de un joven tartamudo. Después de un año de dibujo y charlatanería del que nada resultó para él, terminó por increparme. “Ya que usted es el médico, dígame por qué soy tartamudo y no hablemos más de ello”. Le respondí que no era como el profesor en clase que tiene respuesta para todo. Que en nuestro trabajo, en tanto no me dice lo que se le pasa por la cabeza, yo no puedo saber por qué él tartamudea. El efecto fue radical. A partir de la sesión siguiente me relató un primer recuerdo infantil que lo había traumatizado. Siguió un segundo año totalmente apasionante, durante el cual no sólo produjo recuerdos y sueños, sino que intentó formalizar lo que contaba. De tal manera que unía tal recuerdo, que anotaba “A”, con tal elemento de un sueño, que anotaba “E”. Y en cierto momento sus sesiones estuvieron dedicadas a interrogar las implicaciones de las letras entre ellas.

Jacques-Alain Miller recuerda la advertencia que hacía Freud “contra el deseo de curar, en nombre del deseo del analista como deseo de saber”, ya que en el campo del inconsciente “curar no tiene sentido”: en el campo del inconsciente es la pulsión la que funciona buscando siempre un plus-de-gozar. Y si la mira de un análisis es desembocar en lo que podría ser el deseo de un neurótico, ese deseo es contrario a toda homeostasis, a todo bienestar. En la psicoterapia, “el Otro”, tal como lo define Lacan, no funciona. Mientras que en la psicoterapia nos quedamos en el piso inferior del grafo, donde la cuestión del goce no se plantea, y la inconsistencia del Otro menos todavía. En un psicoanálisis, “el Otro” que funciona es aquel que reenvía al sujeto a sus propios significantes.

Salidas de análisis

Otro intento de distinguir el psicoanálisis puro del psicoanálisis aplicado consiste en apoyarse en el binario síntoma-fantasma. Del lado del síntoma se espera un cierto bienestar, un cierto alivio, una forma cualquiera de cura, incluso si el riesgo es que no dure demasiado.

Es más allá del síntoma, con el fantasma, que podemos situar al psicoanálisis puro, que supone un atravesamiento del fantasma, y el pase. Sostenemos aquí un criterio aparentemente sólido confirmado por la experiencia. Tomaré el ejemplo del psicoanálisis de niños, porque esta práctica es demostrativa de lo que es un psicoanálisis aplicado a la terapia.

Comencé mi práctica llamada analítica en instituciones para niños. Queda claro desde este punto de vista que el niño no viene a pedir un análisis por sí mismo. Son en general los padres quienes vienen a demandar por él. Estos llamados al terapeuta se hacen en nombre de distinto tipo de síntomas: enuresis, comportamiento caracterial, inhibición en los estudios, etc. Y si aquí son los padres los que vienen a hacer una demanda para su hijo, es por una razón de fondo: o el síntoma del niño es un efecto de la captura del niño en el fantasma de la madre, o es un efecto de la relación de pareja.

Comprendemos entonces que la terapia del niño pueda llevar a veces a aquella de uno o sus dos padres. En estas condiciones el criterio sintomático y de curación funciona en primer plano.

El niño que no tartamudea más pedirá no volver, y los padres estarán de acuerdo: generalmente no se espera de un niño que haga un psicoanálisis puro. Agreguemos sin embargo que cuando la terapia ha sido conducida por un analista, resulta de ella algo así como una cicatriz entre síntoma y curación que no puede volver a cerrarse. El niño devenido adulto puede querer hacer un análisis nuevamente.

En las salidas de análisis de adultos, se puede ver más claramente la diferencia entre el psicoanálisis puro y el psicoanálisis aplicado. Quiero solamente señalar dos casos bastante frecuentes: un analizante puede comprometerse en el trabajo de la cura permaneciendo en el lugar, lo que quiere decir que no comienza a hablar propiamente. Es quizás más frecuente en los sujetos obsesivos. Esto puede durar un año, dos años, o más, durante los cuales desgrana un discurso totalmente vacío. Luego llega un sueño que sacude al sujeto, o una pesadilla, que arrastra una primera elaboración. Esta primera aprehensión de su inconsciente, con el poco de sentido que despeja de ella, lo empuja a decir que terminó su análisis: salida de análisis bajo el modo imaginario en el momento en que éste podría justamente comenzar.

Una salida más elaborada merece un desarrollo más largo. Así, tal joven mujer que interrumpía su análisis porque su verdadera demanda no era hacer un análisis, sino tener un hijo, más precisamente varón. Sólo comprendí ese pasaje al acto varios años después, es decir, cuando volvió al análisis después de haber dado a luz un varón, lo que no había arreglado nada para ella. Uno de sus síntomas más importantes es “un dolor de vientre” como su padre. Ella no tardó en traducir este dolor (*mal*) por macho (*mâle*). En suma, este dolor de vientre viene a decir “que a ella le duele el hombre que hay en ella”, o “el hombre que es”. Digamos que a ella le duele el hombre como síntoma del padre, y suyo propio. Este síntoma la condujo a evocar otro síntoma tenaz de su infancia que movilizaba al padre: la constipación. En efecto, este último le acariciaba el ano con perejil para ayudarla a defecar. Serán necesarios diez años de análisis para descifrar ese dolor de vientre y esa constipación. Esta columna dura, la columna fecal, que está en su vientre, no es otra cosa que el pene de ella, su fallo.

Este desciframiento tuvo por resultado beneficios terapéuticos irrefutables, en particular en su relación con su hija, y en sus relaciones con sus colegas hombres, con quienes estaba siempre en rivalidad. Tampoco dejó de decir en varias oportunidades a lo largo del año que sus angustias habían desaparecido, que ella estaba netamente apaciguada y que esto era exactamente lo que ella esperaba del psicoanálisis en tanto que no busca volverse analista. Fijó entonces una fecha para detener su análisis, a saber la interrupción de las vacaciones. Pero entre tanto su discurso la llevó a interrogarse sobre el goce que ella extraía de saberse dotada de un pene en el fondo de sí misma. Es sobre esta pregunta que parte en julio, no sin que yo la haya invitado a volver en septiembre.

Esta segunda viñeta clínica nos hace avanzar aquí un poco más en la cuestión del límite entre lo terapéutico y lo analítico. Oscilación, vacilación del sujeto acerca de la continuación a darle a la cuestión de su goce fálico y a la de su goce de mujer. Ya que ella captó muy bien algo del orden del goce fálico. Salimos de un límite edípico del análisis para interrogar otra cosa, allí donde las cosas serias comienzan.

Lo que es impresionante en esta cura de histérica, es que podemos engancharla con un simple equívoco significante: *mal-mâle*. Esta reducción de todo un conjunto neurótico a un simple equívoco está lejos de ser excepcional. Los testimonios del pase lo demuestran. Este equívoco constituye un saber que esta analizante ha adquirido sobre lo real de su síntoma. Un saber que se hace sentido, e incluso sentido sexual, si no buen sentido en la eterna guerra de los dos sexos. Este saber nos va a hacer rebotar sobre la cuestión de la distinción entre psicoanálisis puro y aplicado.

El psicoanálisis, lo real y el sentido

Elegí estos ejemplos clínicos para ilustrar lo que puede ser una cura terapéutica. Lo que Lacan resumió en una sola fórmula: si el analizante está contento de vivir, hay que dejarlo partir.

A esta perspectiva terapéutica Jacques-Alain Miller le opone la última enseñanza de Lacan que desemboca en paradojas inauditas.

Recordemos el aporte de Lacan en su *Seminario* “Joyce el síntoma”, y el término que aporta allí: el *sinthoma*. Interroguémonos acerca del sentido del sintagma “síntoma analítico”, que no tiene nada que ver con el síntoma de partida, aquél por el cual se viene a ver a un analista. El síntoma analítico es lo que va a elaborarse a todo lo largo de la cura, es el síntoma que está bajo

transferencia. No está constituido ni al inicio, ni en el medio de un análisis. En tanto el sujeto continúa su trabajo analítico, este síntoma continúa elaborándose. Podemos entonces conjeturar que al final del recorrido, en el fin de un análisis, una vez salido de la transferencia, el síntoma puede ser dicho: *sinthoma*. Pero todavía hay que decir por qué Lacan lo llama *sinthoma*. En este punto Jacques-Alain Miller hizo un adelanto que data de su curso de 1982-83 titulado: “Del síntoma al fantasma y retorno”. Entonces había planteado esta ecuación: *sinthoma* = síntoma + fantasma. En suma, el *sinthoma* es el síntoma que ha sido elaborado a todo lo largo de un análisis y que supone la integración del fantasma y de su atravesamiento. Pero esta aceptación misma de las cosas será subvertida por la última enseñanza de Lacan que Jacques-Alain Miller interroga actualmente. Esto es lo que nos dice: “El último Lacan pone en cuestión –como si nada- la validez de este acontecimiento de saber, a condición de precisar: respecto de lo real”. No es otra cosa “que una suposición” nos dice Lacan. ¿Qué es entonces una suposición?

Inclinémonos sobre la noción de “sujeto supuesto saber” que funda la transferencia de inicio. Estamos bien fundados en decir que hay allí una suposición: es la suposición que hace el analizante en su transferencia con tal analista. El amor mismo de transferencia es un amor que se dirige al saber del Otro. Para el analizante el Otro conoce el misterio de lo que lo hace sufrir. Pero es evidente que este Otro no sabe gran cosa de lo que hay en el inconsciente del sujeto. Es una suposición de estructura, ciertamente, pero es indispensable para iniciar y hacer funcionar una cura, pero permanece como una suposición que el analizante descubrirá en el fin de su análisis. Es lo que desinfla el peso del Gran Otro, que introduce al analizante al significante de la falta en el Otro y en toda lógica a la idea de que “el Otro no existe”. Hay allí un paso inaudito del que siempre podemos preguntarnos si el analizante lo ha franqueado, ya que el ser humano, a falta de un Dios, o de un padre, siempre tiene necesidad de significantes amos. Es la razón por la cual el saber despejado queda como una suposición. Y Jacques-Alain Miller agrega: “en efecto, hay un resultado a nivel del saber, pero en que cambia esto lo real de la pulsión?”.

Coincidimos de este modo con las conclusiones de Freud en “Análisis terminable e interminable” que apuntan justamente al estatuto de la pulsión en el fin de análisis. Lo que Lacan traduce del modo siguiente: el saber que ha sido elaborado no es otra cosa que un cierto sentido que permanece excluido de lo real.

Decir que lo real está excluido del sentido, que no hay acuerdo entre lo simbólico y lo real es la punta más importante. Poner saber sobre lo real, saber que hace sentido para el sujeto, nos lleva a una metáfora:

Sentido

Real

El sujeto sale de su cura con una metáfora sobre lo que es su real. Pero no es más que una metáfora, un efecto de sentido. Dos conclusiones pueden entonces ser llamadas:

1. Se rompió el acuerdo fantasmático entre el saber-sentido y lo real. Hay una disyunción entre ambos. Es por esto que lo real puede, no se sabe cuándo, manifestarse a través de nuevos síntomas.
2. El estatuto de este saber metafórico plantea entonces problemas. En efecto, deviene “una hipótesis, una extrapolación, incluso una ficción”. “Mal-mâle” en tanto que saber obtenido, viene a decir que el síntoma de esta analizante es el hombre, en la medida en que es él y no ella quien tiene el pene. Esto le hace aprehender algo del orden de la castración y reenvía al real de la diferencia de los sexos. Pero esto no prueba para nada que su síntoma propio esté completamente reducido y enjugado por la palabra y el lenguaje, y es por esto que es llevada a interrogarse acerca de su goce de mujer.

De esta idea de exclusión entre real y sentido, entre real y simbólico, entre real y saber, resulta que es muy difícil pensarlos de dos en dos. Podemos captar aquí lo que necesitó de la teoría de los nudos para Lacan. Par pensar juntos lo real y el sentido, es necesario introducirse en una tercera dimensión que hará con ambos un nudo borromeo. En estas condiciones lo real y el sentido “pueden permanecer disyuntos aún siendo inseparables”.

Hay aquí una valorización de lo imaginario que hará lazo entre lo real y lo simbólico en una estructura de nudo.

Un torniquete: terapia-análisis

Volvamos a “Televisión”. El sentido era un criterio de distinción entre el psicoanálisis puro y el psicoanálisis aplicado. Deviene insuficiente cuando Lacan termina por poner el acento en el fin del análisis como debiendo llevar al sujeto hacia un real fuera de sentido. De donde la conclusión de Jacques-Alain Miller al decir: “es necesario buscar lo real en todo”.

Una de las últimas palabras de Lacan a propósito del síntoma es “que hay que saber hacer allí con”. Podemos adelantar la hipótesis de que un fin de análisis prepara mejor al sujeto para ello si hubo un deseo de analista que operó en la cura. No es para nada el caso en una psicoterapia. Podemos comprender que la analizante de la que hablé aprendió, incluso de mínima, a saber hacer allí con su síntoma. Es incluso en esto que se resume su beneficio terapéutico. El síntoma tomó un mínimo de distancia de la inhibición y la angustia. Jacques-Alain Miller concluye sobre este punto diciendo que en su última enseñanza, Lacan no plantea criterio de distinción entre el psicoanálisis puro y la psicoterapia.

Pero es con la condición de captar bien que se trata de una terapia conducida por un analista, según la estructura y la lógica del psicoanálisis.

La terapia conducida por el psicólogo es algo totalmente diferente, ya que se ubica, se piensa como psicoterapeuta. Esto equivale a decir que le confirma al sujeto que el síntoma es realmente lo que no va. Es lo que cojea respecto de la realidad colectiva, “y su posición es la de ser el guardián de esta realidad colectiva...bajo las especies del buen sentido”. La psicoterapia –aquella del psicólogo- lleva a lo peor, es decir a esta colectividad social. Es lo peor, ya que se trata de “normalizar elementos totalmente anormales como la verdad, el deseo, el goce”.

En un psicoanálisis puro, por el contrario, se trata de empujar lo más lejos posible la elaboración del síntoma, para que, llegado el caso, tome estatuto de síntoma.

En el límite extremo, la distinción entre psicoanálisis puro y psicoanálisis aplicado no reside en otro lugar que en la posición del analizante respecto de su síntoma y de su fantasma, así como en la posición del analista, es decir, y esto engloba toda su formación, en lo que ha operado para él como deseo del analista. En suma, no hay criterios previos para definir el psicoanálisis puro o el psicoanálisis aplicado a la terapéutica: es al fin de cada cura que el analista podrá decir cuál es el tipo de psicoanálisis que ha sido puesto en juego.

Esto nos lleva a una aparente paradoja. Si queremos positivizar la terapéutica, sólo podemos hacerlo a condición de conducirla desde una posición analítica.

La posición en la que se encuentra la analizante que evoqué es totalmente ejemplificadora de esta problemática. La suspensión de las sesiones a causa de las vacaciones de verano la deja también a ella en suspenso, entre lo que hace terapia o lo que puede devenir un análisis. Lo que decide por la terapia o el análisis es la función del deseo del analizante y del deseo del analista.

Traducción: Nieves Soria.